de un piano. Pero, ante todo, Marta poseía á los ojos de Carlos esa agradable ignorancia de la mujer que sale del colegio, virtud deliciosa de los comienzos de la vida, que se convierte en adorable encanto cuando la mujer confiesa esa ignorancia con esos mimos, esas sonrisas, esos rubores y ese aire torpe de que participan y con el que seducen todas las jóvenes. Marta tenía sobre sus labios el «¿por qué?» de la infancia, no como una interrogación tenaz y fastidiosa, sino como una pregunta velada, tímida, casi confusa, pronta siempre con un beso á pedir perdón, á dar una excusa ó á dar las gracias. Carlos la reconocía desde luego esa intuición social, esa percepción de las cosas, que es el genio de la parisién: la comprensión á media palabra, sin necesidad de señalarla nada en las cosas corrientes de la vida. Por lo demás, para todo aquello de que no estaba él seguro si ella tendría la noción ó el sentimiento, Marta tenía una claridad tal en los ojos, tal inteligencia en su fisonomía, ó un airecillo gracioso é indescifrable, que detenía en Carlos toda idea de comprobación ó de prueba. En una palabra, las primeras investigaciones de Carlos, ó más bien las primeras indulgencias de su amor, encontraron en Marta todo lo que podía exigir en el dominio de las facultades morales de la mujer; fuera de esto, en el orden de ideas superiores á la naturaleza del sexo de

Marta, de las cuales el hombre habla con la mujer como podría hablar á un pájaro, sin exigir el concurso de su inteligencia, Carlos juzgaba á Marta capaz de desempeñar perfectamente ese papel que la ironía de uno de sus amigos asignaba á la mujer, el papel de «Juan de las Viñas», aquel hombre de madera con quien el prestidigitador habla tan bien, que al cabo de algunos momentos el público, el prestidigitador y hasta el muñeco mismo, creen que el diálogo existe.

XLVII

Esta ilusión, esta embriaguez, donde todas las facultades de Carlos se asociaban en el olvido de las miserias de la vida real, de los combates de la suerte, de los aburrimientos de las circunstancias, de las heridas de afuera; esta embriaguez, donde todo su sér moral, todos sus apetitos, todas las exigencias de su naturaleza y todos los instintos de su oficio encontraron el alimento, la satisfacción ó el sueño; esta embriaguez duró la enternidad de algunos días.

Una mañana decía Carlos:

—¡Oh! ¡Oh! Yo lo diré... Sí; yo lo contaré y la gente se reirá de tí lindamente ¡pobre Marta! ¿Eh? si se supiera que mi mujer se acuesta con un es-

pejo debajo de la almohada! ¡Oh, esto es muy gracioso!

—¿Quieres devolvérmelo? Yo lo quiero, Carlos, yo lo quiero...

—No; estoy celoso... No lo volverás á ver!

—¡Carlos!

—¡No!

—Devuélvemelo en seguida... ó... me enfado.—Y Marta trataba de quitarle el espejo.

—¡Desgraciada!... Si soy más fuerte que tú.

—Lo quiero, ¿me entiendes? Pero... ¡me haces daño!... me haces daño.—Y la voz de Marta se agriaba.

Adelantó todo su cuerpo, cuyas líneas las sábanas transparentaron. Sus cabellos cayeron al desprenderse las horquillas; sus manos, nerviosas, se crispaban, agarraban el espejo que Carlos no soltaba y que iba y venía de uno á otro lado. Deslizóse al fin, cayó y se rompió.

—¡Ah!, qué desgracia!—Y abandonándose sobre las almohadas lloró amargamente.—Tú tienes la culpa—respondía ella á los besos de Carlos;—siempre he tenido miedo á un espejo roto... Esto trae la desgracia, ¡ya lo verás!

XLVIII

Día feliz y de dulces emociones aquel en que por primera vez Carlos acompañó como marido á Marta al teatro! Qué aire de orgullo el de Marta cuando hablaba con la doncella del tocador.

—Señora Durand, cuánto tiempo hace que la debo unos helados, ¿se acuerda usted? Los tomé con Berta este invierno... ¿Cuatro meses?... Tome usted;—y le alargó una moneda de oro.—¡Ahora ya soy rica!—Y entrando en su cuarto de vestirse señaló á Carlos con el dedo y sonriéndose el jarro desportillado y la jofaina recompuesta.

Marta tenía un sueldo de seis mil francos, pero su madre los recogía puntualmente, y fuera de algún vestido, demasiado modesto, no la daba más que lo que puede darse á los niños. No era la menor de las dichas de Carlos el haber sacado á Marta de estas miserias y haberla rodeado de comodidades, colmándola de pequeñas sorpresas, proporcionándola mil alegrías y mil admiraciones y deslizando en su bolsillo algún precioso luis nuevecito.

Carlos se divertía con las economías de su mujer, con sus cuentas, con sus cuidados financieros, equivocando sumas, desordenando su presupuesto, robándola el dinero, volviéndoselo á poner, escon-

diéndola el bolsillo y haciéndose reñir por ella, á propósito de su manía de regalar y de su falta de orden. En medio de estas pequeñas diversiones, y de estas alegres bromas de Carlos, un día trajeron una cuenta para la señora que ascendía á la renta de un trimestre de su marido.

—Querida—dijo Carlos leyendo el total.—Es preciso ser más razonable.

—Pero, amigo mío, no tenía más que ropa de invierno... no tenía un vestido de entre tiempo... Mi vestido verde está muy antiguo, ya lo sabes... el otro...

—No te pregunto cuántos vestidos tienes, querida mía; no te digo nada, ni te riño... Pero tú conoces nuestra fortuna tan bien como yo, eso es todo... Ya sé yo que tú no gastas por gastar.

—Devolveré la ropa—dijo Marta con aire ofendido.

XLIX

Una mañana pasó la hora en que Marta acostumbraba á entrar en el gabinete de Carlos. Este creyó que habría pasado mala noche y fué á ver si descansaba. La encontró sentada en la cama y rodeada de un enjambre de periódicos de teatro y de periodiquillos de esos que siempre envían á los escritores y á los artistas. Tenía uno en la mano,

que trató de ocultar al ver á Carlos. Carlos se acercó para leerlo, y Marta se resistía, diciéndole que tomase otro, si quería leer.

—Dime, en seguida, ¿por qué no quieres que yo lea éste?

—¿Tu?... Pero, si... no...—Y Marta, turbada, no dejaba el periódico.

—¡Bah!—dijo Carlos, inclinándose sobre ella—algún ataque rudo contra mí, lo apostaría... ¿Eh?

Marta, desanimada, indicó «sí», con un movimiento de cabeza.

—¡Diablo!—dijo Carlos apoderándose del periódico.—¡Tres columnas!... Firma Nachette... ¡Esto promete! La primera línea empieza bien. Y se puso á leer el artículo.

El triunfo de la revolución literaria de 1830 ha durado poco. Una vez abierta la brecha en las cabezas de las columnas, el ejército se ha desbandado. Los clásicos se han reorganizado y han vuelto á conquistar el campo de batalla. Fuera de sus obras, todo ha conspirado á su favor: la fatiga del público, el enervamiento que sigue á las grandes luchas, la pacificación de las almas, el gusto de espectáculos de fácil digestión y de lecturas inodoras; más aún, su influencia personal, su posición oficial en la literatura, la suma de publicidad, de apoyo, de recomendaciones, de toda clase de invitaciones aquí y allá, de destinos y de cruces; las

protecciones, las adulaciones que puede derrochar un partido que hace profesión de encarnar al cortesano del siglo XVII. Otra cosa también ayudó á los clásicos á conquistar el terreno perdido: la sospecha de arriba, ya notada por madame Staël, esa preocupación gubernamental contra la pasión de las almas literarias y la vivacidad de los adjetivos.

Nachette había visto y comprendido perfectamente esta reacción literaria, y por eso cambió de rumbo. El Nachette de *El Escándalo*, ese farsante que deshuesaba la lengua francesa y había inventado un estilo relumbrante y burlón, se ponía á hacer penitencia por sus errores coloristas de antes á espaldas de sus camaradas impenitentes; Nachette había observado, tanteado, calculado. Los grandes diarios, los diarios serios, atacados de la epidemia del estilo de imágenes en la parte joven de su redacción, y apenados por no encontrar un hombre moderno que no hubiera leído Saint-Simon y que hubiese olvidado á Diderot: esos grandes periódicos debían, según el criterio de Nachette, necesariamente buscarle á él, el hombre más moderno de Francia, que tenía el estilo de Vertot y las opiniones de Geoffroy. Y de director de un gran periódico, él, saltaría fácilmente á esa fortuna, á esa posición social que imaginaba en sus ensueños y sus insomnios. Por eso los artícu-

los de Nachette no eran desde hacía algún tiempo más que fuertes palizas distribuídas á derecha é izquierda sobre las reputaciones nacientes; verdaderas ejecuciones hechas con el ingenio de un hombre sin conciencia y amenizadas y variadas por las bajezas bien traídas, los cumplimientos y alusiones favorables á las glorias de los puristas reconocidos y á los talentos académicos. En esas tres columnas donde se daba el gusto de fustigar á su amigo Demailly, encontraba ocasión y lugar para quitarse el sombrero ante la hermosa prosa del Sr. X..., ante el bello lenguaje del Sr. I..., ante la preciosa frase del Sr. Z. Hechas estas adulaciones, volvía á su asunto pacientemente. Citaba, subrayándolas, frases incompletas,—procedemiento de crítica al que no resistiría el estilo de monsieur Jourdain.—Se burlaba largamente, con ironía graciosa y malévola, de las pretensiones del autor de *La Burguesía*; terminando con la frase usual, especie de *cliché* que forma parte del fondo de todas las críticas clásicas pasadas y presentes. «Libros como éste tienen lugar reservado en la biblioteca del manicomio; sentimos que sus autores no los acompañe».

—¡Ah, desgraciado!—dijo Carlos cuando acabó de leer.—Ni siquiera tiene convicciones literarias.—Porque para Carlos, todas las demás traiciones de conciencia, todas las apostasías de fe

política y religiosa no eran más que pecadillos al lado de la apostasía literaria.—Nachette merecía... merecía leer todos aquellos autores que alababa!... ¡No! ¡Es afrentoso!...—Y volviéndose á Marta se echó á reir.—No me molesta el ataque... aunque con estas cosas me podían haber criado mala sangre; pero es triste pensar que Nachette... ¡Nachette! un hombre que había encontrado un estilo atractivo y pintoresco, renegase así... Cualquiera puede creer en algo, viendo estas cosas!

—Verdaderamente que... tienes una sangre fría. No te conozco...—dijo Marta haciendo entre sus sábanas arrugadas un movimiento de hombros teatral.

—¡Pobre, querida mía! cuando te hayan pasado estas cosas tantas veces como á mí... te resignarás filosofando como yo...

—¿Y no contestarás?

—Nada contestaré. Sólo hay una respuesta, dos padrinos; y yo te confieso que me parece ridículo probar el talento con la punta de la espada... Soy orgulloso á mi manera, hija mía. Escúchame bien. En nuestro oficio, el hombre que no tiene enemigos, que no ha sido atacado, injuriado y difamado... Yo, no quisiera ser ese hombre, ¡no! Y por eso he sufrido tanto... ¿Ves tú? no se derrocha la cólera por nada... Un ataque como ese, quiere decir que yo mortifico á su autor ó á sus amigos ó

á su amo... quiere decir que tengo una pequeña celebridad, no me cabe duda, pero que molesto... ¿Sabes tú cuál es la desgracia? Que yo no encuentre algún negocio muy productivo... Cuando reuna lo bastante para vivir holgadameate... ¡Oh! entonces...

—Bien, sí, pero, aparte de todo—repuso Marta —esto es muy desagradable.

—¡Ah! ¿Tú creías que la gloria viene con plumas de cisne?

—Bueno, tú dirás lo que quieras, pero esto me da un disgusto.

Y Carlos vió con amargura que Marta no era la mujer que le llevaba en el alma y padecía por su cariño, sino la que llevaba su nombre y se consideraba herida en su amor propio. Pero como si Marta hubiese leído en su pensamiento, le dijo de repente:

—¡Ah! ¡qué bestia soy! Haces bien.—Y cogiéndole con ambas manos la cabeza para mirarle fijamente á los ojos, prosiguió:—Nos reiremos de lo que dicen, ¿verdad?

L

—Sí; me parece muy bien tu comedia; pero...

—¿Pero qué?—dijo Carlos.

—Pero tú nunca has escrito para el teatro...

¿Por qué no tomas un colaborador?... Voudenet te encuentra muchísimo talento...

Esto era quince días después del artículo de Nachette. El artículo había madurado en la cabeza de Marta y daba su fruto. Porque el mayor mal de los ataques es el de sembrar la duda alrededor del hombre atacado. Hasta el gabinete del escritor llega la desconfianza en su mérito. El ataque, en efecto, no es una herida en el amor propio; es más que todo, un golpe dado en el crédito; y alarma acerca del porvenir, hasta á las personas que aman á la víctima.

Carlos y Marta tenían los pies en la chimenea. Al oir la propuesta de Marta, Carlos, que atizaba la lumbre, dió un salto como si despertase:

—¡Un colaborador!... ¡Voudenet!...— Y tal fué la sorpresa, que se le cayeron las tenazas de las manos.—Pero, querida...—Y mirándola, retrocedió ante lo que iba á decir, inclinóse para recoger las tenazas, y no habló más.

Cree un hombre haber encontrado una cosa nueva, una cosa rara, delicada, sensible: un rincón desconocido del corazón humano, un capricho de ingenio ligero y chistoso; un soplo de pasión, una canción, una canción completamente nueva; ha evocado un mundo y lo ha llenado con sus fantasías; ha hecho tocar, bailar, moverse y hablar á sus sueños; ha realizado su obra, la ha cobijado,

sacrificándole sus días, sus noches, su alma... A este hombre, tocadle en la espalda y decidle: —¿Ve usted ese señor que pasa? Pues ese señor que pasa, va á firmar la mitad de la obra de usted, va á recoger la mitad del éxito y la mitad de la reputación que proporcione. Para lo cual abrirá el manuscrito, y de una plumada, tranquilamente borrará todo lo que sonríe y todo lo que murmura, todo lo que es brillante, alado, ligero... «Muy lindo todo esto, querido; pero... el público... ya comprende usted.» Este será el estribillo, convirtiendo la sonrisa graciosa en brutal carcajada. Se apoyará donde usted se deslizó apenas. Calzará toscos zuecos en los finísimos pies de las hadas. Exagerará su gracia, como un daguerreotipo agranda las manos. Forzará las lágrimas. Subrayará lo que se hizo velado. Acomodará el coro aéreo de las ideas á su gusto y á su oreja. Revolverá la obra para introducir un desenlace de matrimonio. Hará maniobrar en doce tiempos una de las diez intrigas sacramentales del teatro. Quitará palabras para introducir aquellas á que tiene acostumbrado al público; y esto hecho, dirá: «Ya quedó bien .. ¡Yo sería capaz de arreglar las obras de Shakespeare para el teatro!»

La frase de Marta había expresado á Carlos todo esto.

—¿Y qué?—repitió Marta esperando respuesta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—¡Ah! perdona, creía haberte respondido... ¿Voudenet?... ¡Deja; no hablemos más!

—Pero, querido mío, yo he oído decir á todo el mundo que Voudenet está llamado á suceder á Scribe...

—Mr. Scribe no morirá.

—¡Ah! si ese quisiera colaborar en tu comedia.

—Ya te he dicho que no quiero á nadie... Se me ha puesto en la cabeza, si no puedo hacer que representen una obra del todo mía, que no me representen nada.

Hubo un silencio.

—¿Qué lees, Marta?

—Paúl de Kock... *El hombre de los tres calzones*... Se ve que es una historia inventada, pero tan bien, que parece verdadera... ¿La conoces? ¡Es muy interesante, y tan hermosamente dispuesta para que resulte mucho en escena!... Este hombre sabe trabajar para el teatro... Figúrate... por de pronto hay un joven que trabaja en casa del señor Duchéne...; su madre, ya vieja, una buena mujer. Después de esto un banquero, que es denunciado por un portero espantoso, como lo son todos, ¿sabes? ¡Con su gorro de piel de zorro... Y la diosa libertad!... Tiene mucho carácter... Aquí hay algo, hay intriga...; al menos pasan cosas... no es como esas novelas... Y cuando se encuentran todos... ¡da alegría que todos se encuentren!... No es fácil

hallar escenas tan graciosas en los tiempos que corren... Tal vez, como tu dices, esto no tendrá una gran fidelidad histórica. Pero no importa nada... Me gusta más enterarme de la revolución en estos libros que en las historias.

—¡Ah!—dijo Carlos, cuyos ojos se abrían y empezaba á ver claro en la inteligencia de su mujer; y tragó despechado todo el color que tenía el pincel con que estaba pintando una acuarela.

—Espera—dijo Marta.—¡Qué bonito es eso que haces!... Tiene colorido. Cuando yo era pequeña tenía mucha afición al dibujo..., gusto de artista. Hacía muñecas y paisajes. Es una lástima que mamá no cultivara mis aficiones...; pero la perspectiva, la perspectiva me daba miedo. Mi tío, un talento de aficionado, pero verdadero talento: hacía miniaturas; unos perfiles... encantadores y de un parecido asombroso. Todo el mundo le solicitaba. Me había visto borrajear y como quería mucho á mi madre... ¡Por supuesto; en mi familia ha reinado siempre una unión... admirable! Los matrimonios no hacían más que aumentar esta unión... Los cuñados y las cuñadas se llevaban bien y nunca discrepaban en sus opiniones... Mi tío quiso que mamá me dedicase al dibujo. Mi madrina opinaba lo mismo; mi madrina era la señora del banquero Stephauser, y me había educado lo mismo que á su hija. Sus criados tenían orden de

obedecerme lo mismo que á Elisa... Elisa no hacía nada sin consultarme; yo era su amiga íntima. La señora Stephauser, creía también en mis grandes disposiciones; pero, como te digo, mamá... Y luego tener que estudiar perspectiva... ¡qué horror!

Carlos trataba de distraerse con su acuarela.

—¡Ah!, dí,—continuaba obstinadamente Marta. —¿No has visto el salón que se ha hecho arreglar Vaudenet?... ¡Se conoce que gana dinero! Barbaridades antiliterarias; lo que tú quieras...; pero con lo que escribe ha ganado este año los menos treinta mil francos. En el salón ha puesto molduras doradas.

—¿De escayola?

—De escayola ó de madera, no sé... Y lo ha tapizado con terciopelo color cereza.

—¡Bellísimo!... Algo así, en el género de dentista americano; un decorado procedente de la quiebra de un café de boulevard...

—¡Oh! ¡por supuesto! A tí no te gustan más que tus antigüedades y tus *bibelots*... Todo lo que no sea antiguo... Y, además, tú desconfías del gusto artístico de las mujeres... ya lo sé.

Calla—dijo Carlos.—Tú no trabajas esta noche; nada tenemos que hacer hoy. ¡Si fuésemos al campo!

—¡Oh! el campo...

—¿No te gusta el campo?

—A mí sí, sí... Pero me gustaría teniendo dinero... me gustaría con una fortuna mayor que la nuestra... con una gran fortuna... con una granja... Me hubiera gustado tener gallinas, vacas, carneros... esto sí... ¡los animales son tan interesantes!... Y, además, hacer muchas limosnas... Una pequeña farmacia para los aldeanos... Visitar á los enfermos... Vivir así, tranquila... Y cuando se piensa que hay tantas amarguras... Porque la vida no tiene más que un lado bueno... ¡Ahí tienes tú cómo comprendo el campo! ¡Yo no dejaría tocar á un solo nido de golondrinas! En el tejado de la casa de mi madrina había uno, y si tú hubieras visto... Yo me pasaba algunas veces toda la tarde contemplándolas. La madre desde un alero llamaba á sus hijitos... Los llamaba, los llamaba hasta hacerlos salir del nido; y cuando uno de ellos se lanzaba, ella le sostenía de las alas, le dejaba, le volvía á coger y de nuevo le ponía en el nido... He leído cosas conmovedoras de las golondrinas... También de otros pájaros... pero sobre todo de las golondrinas...

Por primera vez desde que estaba casado, no pudo Carlos reprimir un movimiento de impaciencia, le parecía oir las más vulgares variaciones de la canción repetida por todo el mundo.

—¿No has leído el periódico esta mañana?—continuó Marta.—Trae una cosa que me ha inte-

resado... La lista de los premios Montyon... Unas viejas... unas pobres mujeres... probablemente sin instrucción ninguna... ¡Hay buenos corazones!... Hacer el bien así... en las aldeas... sin ostención, sin ruido... ¡conciencias de ángel! ¡Saben hacer sacrificios!... ¡esto es hermoso! No sabes cómo me he emocionado... Hay entre otras una criada de setenta y dos años... ¡Oh! ¡es sublime!... He llorado como una niña leyéndolo, pero con lágrimas bienhechoras...

—¿No te aburriste mucho ayer tarde?—interrumpió Carlos con sequedad.

—¿En casa de aquellas buenas gentes? ¡Oh! no. Pero ¡Dios mío!... ¡Su hija es insoportable! ¿Cómo educan á los niños tan mal?... Había en el suelo cáscaras de guisantes...

La víspera había llevado Carlos á Marta á comer con un matrimonio, antiguos amigos, un matrimonio pobre que se había esforzado por recibir bien á la señora Demailly. Aquel matrimonio, con un cuidado conmovedor en su pobreza, la había colmado de atenciones; y esta mujer, tan misericordiosa con las golondrinas y tan sensible con los premios á la virtud, no recordaba al día siguiente más que *las cáscaras de los guisantes caídas en el suelo.*

De aquella amistad que tan cordialmente le tendió la mano, no guardaba Marta otra impresión

que la desagradable producida por *las cáscaras de los guisantes en el suelo.*

LI

Los días que siguieron á éste los empleó Carlos en probar el talento de su mujer, penetrando en su alma. Ella no desconfió, y con esa libertad, esa locuacidad, esa seguridad de las mujeres que confían en sí mismas, se confesaba sin saberlo. Carlos proseguía sus investigaciones hábilmente, y sólo se detenía cuando un sufrimiento grande hacía vacilar la careta sobre su rostro.

Quedó estupefacto ante sus descubrimientos, avergonzado de haber sido engañado por un falso sentimentalismo, por una personalidad de muñeca, por la mentida distinción de unos modales, por el ruido de un cerebro vacío; y entonces apreció en su derrota la ceguera de un hombre enamorado.

Un momento, fué tan fuerte el dolor de Carlos, que la cólera y la sangre asomaron á su rostro. Marta nada vió, y siguió hablando en el mismo tono. Carlos se levantó y tomó el sombrero.

—¿Cómo? ¿Sales?... Si está lloviendo—dijo Marta sorprendida.

—Perdona... una cita... que había olvidado.

—¡Vete!—dijo Marta. Y le presentó la frente; en-

tonces Carlos dióse cuenta de que se iba sin besarla, como de costumbre. La besó y salió al recibimiento, cogió maquinalmente un paraguas y cerró de golpe la puerta, mientras la voz de Marta le recomendaba varias precauciones para que no se constipase. Bajó los escalones dos á dos, y anduvo por las calles con el paraguas bajo el brazo, mientras llovía á cántaros.

—Es verdad...—se dijo cuando estaba ya calado.— Me advirtió que llovía...

Y entró en un pasaje. El pasaje estaba atestado de modestos transeuntes, sorprendidos por la lluvia, entre los cuales algunos sacudían sus sombreros, empapados en agua. Carlos se paseaba á grandes pasos de un extremo á otro.

—Veamos—pensaba.— Se acabaron las niñerías... Tengamos calma... Yo me finjo monstruosidades... ¡Oh, Dios mío! ¿Es posible?... ¿Qué me sucede, después de todo?... Es preciso ver las cosas como son... Yo tenía excitados los nervios y he buscado querella contra mis ilusiones para tranquilizar mis nervios... Mala fe como esta, todo el mundo la tiene alguna vez en su vida... Que á Marta no le parece buena mi comedia: he aquí todo... Desde que hay maridos que hacen comedias y mujeres que los oyen, no soy el primero á quien esto le sucede... Además, ella, como todos, con el éxito se convencerá. En el fondo... la juzgo

estúpida porque no me cree un genio... Soy un imbécil, un idiota. ¡Matar el amor por el orgullo!...

Y Carlos se repetía estas ideas y estas palabras procurando aturdirse y vencer sus convicciones.

A fuerza de machacar para adormecer su juicio sobre aquellas verdades crueles, casi había llegado á calmarse cuando, dando un gran golpe sobre la baldosa con el paraguas, dijo de repente:

—¡Todo esto es cobardía!... Quiero engañarme como un niño... ¿Se trata de mi comedia; mi comedia, mi talento!... Si no hubiera más... Pero también se trata de mi vida, ligada á un cerebro vacío, á un alma sorda y á un espíritu falso... Es de esto de lo que se trata... Hace un mes que la hago hablar y pensar... en ese tiempo he visto al desnudo su sér moral. ¿Qué atractivos tiene Marta para mí? Los bastantes, á lo sumo, para encontrar en ella una querida, y aun, á veces, sus palabras desligarían mis brazos y sublevarían mi corazón... ¡Vaudenet le parece un grande hombre! ¡Bravo, Vaudenet!... El y Marta están hechos para comprenderse. ¡Vaya! En conclusión, mi esposa queridísima resulta en absoluto una bestia.

Y Carlos, con una irónica sonrisa, levantó su paraguas.

—Oye, ¿me quieres dejar tuerto?—le gritó una voz recia y de buen humor.—¡Ay, amigo mío; te cojo por sorpresa! ¿Dónde vives? ¿Qué haces? Ca-

miló Desmoulins ha dicho que la mujer es el mejor domicilio del hombre, te lo concedo; pero de esto á no salir nunca de su felicidad, hay tanta distancia como de le Tierra á la estrella Syrius: ¡siete mil millones de leguas! Sólo se encierra uno así para hacer versos exámetros...

—¡Ah, Remonville... qué placer tengo en verte!... Sí; ¡caramba! hemos tenido una luna de miel muy... luna de miel... Hemos vivido muy solos... pero si fueses amable... ¿sabes tú lo que harías?

—¡Esta tarde soy un hombre capaz de hacerlo todo! ¿Quieres que hablemos contra el jansenismo y que arrojemos las grandes ironías de De Maistre sobre Port-Royal?... Port-Royal es el Panacleto de la Doctrina... Port-Royal...

—¿Quieres ir á tomar una taza de té á nuestra casa?

—¡Vaya si quiero! Salgo de Variedades tal y como me ves... Con una taza de té me redimes de tres actos interminables... He dejado á Perrache en mi palco; él me lo contará... ¡Ah, si supieras cuánto me aburren ya los estrenos... Las comedias, menos mal, estoy ya acostumbrado y no me aburren más ni menos que la música... pero ¡el público de los estrenos!... ¡Dios mío, ese público eterno! Le conozco sin mirarle... Se me aparece entre sueños... Siempre el mismo par de guantes en la misma silla de orquesta, las mismas *loretas*

los mismos caballeros, los mismos amigos del autor... El otro día me pareció reconocer á un sujeto: era el jefe de la *claque* desempeñando sus funciones después de pasar el invierno en Sorrento... ¿Crees tú que esas gentes mueren? Yo las veo el día del juicio final pidiendo: «¡El autor! ¡el autor!»

. . . . . .

—Danos una taza de té, Marta. Mira: Remonville, que te sacrifica un estreno.

—¡Ah! es mucha amabilidad!... Es usted muy amable—dijo Marta á Remonville, y volviéndose hacia Carlos.—¿Te has mojado?

—¡Caramba!—dijo Remonville cayendo sobre el diván, y mirando alrededor.—¡Vaya un gabinete de trabajo; yo aquí no podría escribir ni una línea! Me tumbaría recitando versos del Dante y esperaría fumando en mi pipa la última encarnación de Wischnou, el cual ha de ser aún rey constitucional y presidente de la Sociedad de Autores dramáticos... Oye: tu mujer se parece, pero mucho, á un relieve del Museo del Vaticano... una cornalina... ¿La recuerdas? Conque... ¿ya estáis casados?

—¡Caramba, sí!—dijo Marta riendo.

—Es admirable; yo no he considerado nunca el matrimonio más que como desenlace de comedia... ¿Y la tuya? ¿No hacías una comedia?

—Ya la terminé.

—¿Y estás contento?

—Lo ignoro.

—¿Y usted, señora?

—Sí, sí... ciertamente... es muy bonita.

—Espera, Remonville... voy á pedirte un favor, es enojoso, casi ridículo, que te lo pida... Dirás que esto ha sido un lazo, pero te juro que no había pensado... Mi comedia me atormenta... dudamos, no sabemos... Si tú quisieras oirla... Es cuestión de hora y media. Tú eres una de las dos ó tres personas cuya opinión estimo...

—¡Bah!... pero si tú crees que mi opinión vale algo... Ya sabes que no conozco el teatro... te lo aviso.

—¿Usted? ¿un crítico?—dijo Marta.

—Yo, un crítico... Sírvame usted el té... Así. Ya escucho.

Carlos leyó la comedia. Durante la lectura Remonville paseaba por el gabinete la dichosa impaciencia y la satisfacción de un joven Anteo; andaba como un marino, tropezando con los muebles, arrimándose á los muros y respirando á plenos pulmones.

—¡Bueno! ¿Qué quieres que te diga?—dijo á Carlos terminada la lectura.—Está muy bien... yo la encuentro muy bien... Esto es endulzarse la boca después de todas las porquerías que vemos

á diario. En tu obra se respira un ambiente puro como en una montaña... Sin embargo, para los pulmones del público acaso sea tu aire un poco vivo... La obra de Menganito ha llegado á la centésima representación... ¿Cómo juzgar viendo esas cosas? ¿No hay Providencia? Te repito que me parece bien; esta es mi opinión, y te advierto una vez más que yo no no entiendo nada.

—Pero—se atrevió á decir Marta,—¿no cree usted que la intriga...? Carlos no tiene la costumbre de escribir para el teatro... Yo le aconsejo que busque un colaborador... No sé cuál... uno que domine bien la escena... Vaudenet, por ejemplo...

—¡Un vaudevillista! ¡Vamos! ¿Qué tienen que ver Vaudenet y toda su gente con la comedia de Carlos?... ¡Ah, si alguna vez cayera en mis manos la vara de Jehová, yo reduciría á servidumbre á todos los vaudevillistas!... Los trataría como Ammonitas, retorcería sus mejores frases con una soga de pozo y las ráfagas de mi cólera helarían la médula de sus chistes. Los alimentaría con ajos y les haría construir una pirámide á la memoria de Enrique Heine... ¡No, no quiero saber nada ni que me hablen de esas gentes, porque me encolerizo!.. —dijo imperiosa y rudamente Remonville.—¡Bah! son las once y media... me voy... Señora...—y Remonville saludó.—¿Me acompañas?—dijo á Carlos.

. . . . . .

—¿Por qué no escribes para el teatro—le preguntó bruscamente Remonville cuando estuvieron en la calle—si eso te seduce?—¡El teatro, una caja muy grande donde se amontonan uno sobre otro seis pisos de buenas gentes que acaban de comer! Sudan, estrujándose, mientras admiran un maldito drama que les conmueve, les perturba, les atrae y les horroriza... Lloran, y mientras lloran, el drama va y viene, rueda, gime, aulla, patalea, enrojece... Cae al fin el telón y aquellas pobres gentes vuelven á su casa con un disgusto... y una indigestión que les hace pasar mala noche... No toques á los quinqués, apestan... Y luego, ¿serás bien interpretado? ¿Has visto representar alguna vez una obra de Beaumarchais el domingo en el Teatro Francés? Deberíamos hacer una ley que prohibiese á los actores la interpretación de las obras inmortales... Ellos acaban haciéndolas ininteligibles... ¿Y tu mujer?... ¡Todavía se me clava su Vaudenet en el oído! ¡Vaya!... ¿Os queréis mucho?

—Sí...

—Pues bien; sólo debes pedirle á Dios una cosa: que no bendiga vuestra unión.

—¿Cómo?

—Sí... nada de hijos... Este no es negocio para nosotros. Todo lo más que podemos permitirnos

es una cotorra... Eso nos decías tú una vez y estabas en lo cierto... ¡Buenas noches!

. . . . . .

—Qué original, ¿eh?—dijo Carlos cuando volvió á su casa.

—A mí—respondió Marta—me ha parecido muy mal educado.

LII

La mujer antigua representaba un partido; en la era cristiana un poder. Después de la Revolución, la mujer se ha engrandecido aún más: se ha transfigurado é idealizado; en el siglo XIX la mujer es una víctima. No la comprenden, es mártir. Las teorías, las costumbres de amor renovadas, entenebrecidas y solemnizadas, la Iglesia y el siglo, las predicciones y las utopias, el cambio de naturaleza, los desvanecimientos transformados ya en un eretismo nervioso; todo en el matrimonio es grave, hasta el adulterio; los derechos de la mujer igualados á los del hombre desde 1789, por la firmeza de convicciones, el genio, el derecho al patíbulo, el derecho á la posteridad, Madame Roland, Mme. de Staël y mil cosas que han concurrido á ese nuevo encumbramiento, á esa poética elevación de la mujer. Pero, más que esas cosas, más que esas evoluciones de las costum-